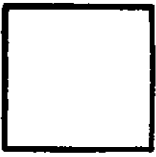


CUENTO





Dimas Lidio Pitti

El

Hachero

Fue al tercer día de estar en el Bayano cuando conocí a Serapio Ríos. Volví yo de caza, cargando un venado en compañía de un colombiano residente allí. Llevábamos tres horas de camino a través de la selva, en medio de un calor sofocante y hostigados por enjambres de mosquitos y toda clase de bichos. Era mediodía. La sed y la fatiga nos obligaron a hacer alto a la sombra de un espavé que había a la orilla de una quebrada, a poca marcha del caserío de mi compañero, (y del cual habíamos partido el día anterior).

Tendidos en la frescura de la sombra, vimos salir de la maraña, en la margen contraria a la que nos hallábamos, un hombre con dos perros. Andaba sin armas. Solamente un machete colombiano, de esos llamados peinillas, colgaba de su hombro izquierdo en una vaina de cuero.

Al vernos y reconocer a mi acompañante, se acercó. Luego del saludo y tras cambiar impresiones sobre el venado que yacía en el suelo, tomé asiento a nuestro lado, en una raíz que sobresalía bastante de la tierra. Después de un rato, nos sentimos reanimados y reiniciamos la andanza, acompañados por Serapio que también iba al caserío.

Durante el trayecto, caminaba delante de mí y pude observarlo bien. Sus espaldas eran anchas, aunque algo encorvadas. Bajo de estatura, trigoño-claro, tostado por el sol. Los pantalones, sumamente remendados, dejaban ver unas piernas nervudas y nudosas, de hombre acostumbrado a recorrer grandes distancias. Así era Serapio; tosco, rústico; fiel imagen y hechura de su áspera tierra.

Debido al calor y al cansancio, hablamos poco durante la travesía. Y como la vivienda de Serapio quedaba antes que la del colombiano, nos despedimos, quedando en vernos más tarde para definir los detalles de una "salida" que acordamos hacer juntos el día siguiente.

—Como usted ha caminado más que yo —me dijo al separarnos—, es mejor que pase yo a donde usted.

—Está bien —repuse—. Lo espero después de almuerzo.

Y entró a su casa, en la que sólo vivía con su mujer, según supe por el colombiano; quien agregó, cuando nos hubimos alejado de la vivienda de Serapio:

—El viejo Sera es uno de los pocos hombres enteros que hay por aquí.

—Entero?... Cómo así? —pregunté.

—Bueno —respondió, que es honrado y no anda con muletas ni pelos en la lengua.

—Ah! —dije—, es verdad. Parece buen viejo Serapio.

—Si viera que gusto da hablar con él. Yo, cuando tengo poco qué hacer, me paso las tardes en su casa, sólo por oírle sus historias y sus dichos. Es un viejo que sabe mucho. Y eso que jamás pisó una escuela; cómo sería si hubiera estado!

Lo dicho por el colombiano vino a darle fuerza a lo que yo estaba pensando acerca de Serapio, quien me había parecido desde el comienzo uno de esos filósofos silvestres que asoman de vez en cuando en los pueblos interioranos o en los relatos de Kazansakis. ¡Serapio Ríos! Ya a primera vista era un gran viejo.

Después de comer me acosté, pero sin ánimo de dormir: sólo para esperar cómodo a que llegara el viejo. Pero parece que el cansancio y la digestión hicieron que me durmiera hasta pasadas las cinco, cuando que Serapio me despertó.

—No vine más temprano —dijo—, porque pensé que era bueno que usted descansara un rato. Esas caminadas rinden al que no está acostumbrado.

—Así es —asentí, es verdad que son duras. Sobre todo por lo espeso del monte. Yo estoy más acostumbrado a caminar en los bosques de la cordillera, donde la vegetación pequeña es escasa y no dificulta la marcha. Allí lo trabajoso son las lomas, pero como quierá que sea, no abundan los mosquitos, como aquí en la costa, ni existe el peligro constante de las culebras.. Tampoco lo mortifica a uno el calor.

—Verdad es. Yo también, cuando nuevo, anduve trepando cerros, allá por el lado de Colombia, en la frontera. Y no le recomiendo a nadie que lo haga. Me acuerdo que una vez uno de los que andaban conmigo se acalabró. Yo creo que por el cansancio y el frío. Era terrible. Había que subir agarrándose de las raíces, de los bejuco y de lo que estuviera más a mano.

Así, conversando de una cosa y otra nos alejamos de la casa del colombiano y fuimos a sentarnos a la orilla del río, sobre unos troncos. Allí seguimos hablando de temas relacionados con la caza y la pesca, de las cuales Serapio era un gran conocedor. Luego, por el curso natural que toman las conversaciones en casos así, comenzó a contarme, con su pintoresca manera de narrar — poniendo pasión en cuanto decía—, de la vida en ese sitio.

—En lugares como éste ocurren cosas que nadie imagina que sucedan. Desde afuera pareciese que la vida aquí se desliza tranquila, como esas aguas que está viendo —Y señaló el río, muy ancho, de aguas verdes y serenas—. Pero es apariencia. Como el río, la vida en estos pueblos arrastra cosas sucias en el fondo. Por lo que voy a contarle, verá que es cierto lo que digo.

El viejo guardó su pipa, se acomodó bien en el tronco en que estaba sentado y principió:

—Críspulo era más bueno que malo, aunque tuviero sus defectos. Y seguramente nunca hubiera hecho lo que hizo si no lo envenenan. Las cosas que le contaban fueron las que dieron lugar a que se volviera como loco y pasara lo que pasó. Y es lo triste; porque él, estoy seguro, no quiso ni buscó semejante desenlace.

“Muchos no recuerdan el asunto o no quieren recordarlo; por remordimiento, creo yo. Pues lo cierto es que la culpa no fue suya. Verdad que lo hizo, pero empujado por los demás, acuciado por las murmuraciones. Si no hubiera sido por éstas no tendríamos que lamentar un hecho en el que a todos nos cabe responsabilidad y que a todos, igualmente, debe llenarnos de vergüenza.

“Puede decirse que la intriga estuvo en el origen de todo. No le perdónaban su independencia frente al dueño del aserradero. Y no es que fuera revoltoso; simplemente se limitaba a cumplir con su trabajo, sin andar cepillando a nadie. Y eso en cualquier parte resulta antipático a los jefes y a quienes viven como los gatos, restregando el lomo contra el amo. De ahí vino el principio y el fin y la desgracia.

“Mañana se cumple diez años del suceso y aunque no éramos parientes, siento el mismo dolor que sentí entonces. Desde aquel día, y juro que no exagero, tengo abierta una herida en la conciencia. Porque la verdad, amigo, es que hiere ver cómo a un hombre se le desgracia. Sobre todo, sin motivo. A veces, cuando recuerdo ése y otros hechos parecidos, pienso que de nada vale ser bueno con los demás. Que talvez sea mejor vivir sólo para uno mismo, olvidado de todo y de todos. Pero vuelvo y me digo que no, que uno no debe dejarse llevar por el resentimiento (hacia el prójimo). Hay que darse cuenta de que si la gente lo trata mal a uno es por causa de la ignorancia. Y con esto no digo que yo sea mejor que todo el mundo; —como cualquier hombre, tengo defectos y cometo errores—, pero los años me han enseñado que las cosas son así.

LA MAREA EN DESCENSO DEJABA al descubierto las raíces de los mangles que cubrían los márgenes del río. Donde se juntaban las aguas de éste con las del mar se veía gran cantidad de aves, de múltiples colores y tamaños. Pronto sería la hora en que las orillas se poblarían con toda clase de chillidos de los millares de aves marinas que pasan la noche en ellas. Es un espectáculo maravilloso. Pareciera que la selva echara plumas, pues millares y millares de alas ocultan las hojas de los árboles. Y al alba, es como si el mundo naciera de nuevo en medio de un gran revoloteo. Una tras otra, en enormes bandadas de formación perfecta, se lanzan a buscar el sustento. Durante todo el día se las verá sobre playas e islas, sobre rocas y barcos, volando sin descanso. Y al atardecer, en la calma que antecede a la noche, volverán a los sitios de reposo, con la

misma algazara de los marinos al regreso de un largo crucero. Eso era lo que dentro de poco veríamos: la vuelta de los pescados del cielo, infinitamente más hábiles que los pescadores de la tierra.

Serapio, que había estado hablando con la vista dirigido hacia el mar, dióse vuelta hacia su derecha y señaló con un ademán pausado:

—En esa loma que se ve allá, en la vuelta del río, junto a los árboles más altos, quedaba la casita de él. Cuando se la llevaron, como aquí no tenía familia, algunos aprovecharon la noche para llevarse lo que pudieron. No dejaron nada. Sólo un perro ya viejo y que poco veía quedó en la casa. Por ahí anduvo dando vueltas hasta que murió, o hasta que lo mataron. ¡Quién sabe qué fue! También desaparecieron sus escasos animalitos. Y hasta las puertas y ventanas. No sé cómo no echaron la casa al suelo y cogieron la madera para leña. La conciencia se me revolvía viéndolos. ¡Parecían gallinazos! Es que todavía, a pesar del tiempo, me parece mentira que aquí haya habido tanta perversidad.

“Pero no siempre fue así. —Prosiguió tras una pausa—. Antes de venir el aserradero, cuando se vivía de la pesca, del carbón y la madera. todos éramos como hermanos. El pueblo formaba una familia. Y era raro, muy raro, que hubiera peleas entre nosotros. Si acaso una que otra, por borracheras. Pero llegar el aserradero y comenzar las dificultades, todo fue uno.

“El dueño fue responsable de esto. Para aprovecharse mejor de nosotros, nos dividió a punta de mentiras. Su habilidad era fantástica. Como fuera se salía con la suya.

“En una ocasión, después de habernos brindado aguardiente, hizo que dos amigos decidieran a machetazos cuál de ambos era mejor peón. En el fondo, qué podía importarle! Lo que buscaba era deshacerse de ellos, que no estaban tan atrasados, pues habían vivido un tiempo en la capital. y pensaban pedir una disminución en la jornada de trabajo. Pues debe saber que aquí se trabajaba de sol a sol por un dólar, si era con el machete; por uno cincuenta, si era con el hacha. Y para no alargar el asunto le diré que uno perdió una mano y el otro quedó sufriendo y sufriendo, hasta que murió. Y ése no fue el único caso; hubo varios. Con el tiempo, por obra y para satisfacción del dueño —un gringo viejón, medio tísico, según las malas lenguas—, nadie era amigo de nadie.

EL VIEJO DETUVO EL RELATO Y RESTREGO sus manos, anchas, encallecidas y llenas de cicatrices. Visto así, sereno, era la imagen pura de su tierra y de todas las tierras ásperas del mundo. No me parecía estar hablando con un hombre, sino con un árbol, con una piedra, con un río; me figuraba estar hablando con la tierra. La sensación era idéntica a la que produce atravesar la selva en medio de un aguacero torrencial o contemplar las cimas de los montes, sentado sobre una roca, en un llano solitario, al anochecer. Tuve ganas de decirselo: que me parecía su expre-

sión la de la tierra; que su voz tenía sonido de aguas subterráneas, pero callé. El continuó: —Crispulo era, creo y lo sostengo, el mejor hachero que ha dado este lugar. Daba gusto verlo frente a un árbol. Difícilmente sale otro como él. Y aunque se diera, no sería igual, pues no hay madera. Toda la que había de aquí a Las Dos Bocas, y eso está a seis horas de camino, se la tragó el aserradero. El gringo se llenó de plata arruinando esta tierra. Esto no es ni sombra de lo que era. Lo puede decir cualquiera con más de veinte años y uso de razón.

“Temprano se vieron señas de que el gringo le tenía mala voluntad a Crispulo. Si no lo botó fue por la necesidad que tenía de buenos peones. Pero al referirse a él decía despectivamente “el negro”. Y lo mortificaba cuanto podía, valiéndose del capataz de los hacheros —un clandestino colombiano con lengua de alacrán. De ese modo, por la constante intriga, Crispulo fue quedando sin amigos. Y fue por ese entonces, cuando sólo contaba con el último de sus viejos compoñeros, que hizo un viaje a Jaqué y trajo a la que fue su mujer. A partir de allí, lo envidia se unió a la antipatía, pues ella era, no había duda, la más hermosa de los alrededores.

“Yo veía todo eso con tristeza. Porque me daba dolor ver cómo la gente de mi lugar iba cambiando. Muchas veces, pensando en lo que le cuento, me preguntaba si estábamos en el mundo para comernos unos a otros; si nuestro destino era despedazarnos, según los deseos de quien aprovechara nuestra ignorancia...

AL LLEGAR A ESTE PUNTO, EL VIEJO guardó silencio. Daba la impresión de que la tristeza, pese al tiempo transcurrido, no había salido de su sangre. Pero no era la suya esa tristeza-lágrima de los que hacen de su vida un muro de las lamentaciones. No había en él esa humedad pegajosa del penitente enfermizo. La suya era seca y áspera, como arrecife en marea baja. Serena, como mar sin viento. Y profunda. profunda como puede serlo el cielo en un día de verano.

Esta vez no resistí la tentación y le dije:

—Sabe, Serapio: usted cuenta las cosas de un modo que uno no tiene más remedio que creerlas. Parece que usted fuera lo que cuenta. Por ejemplo, ahora que habló de la tristeza: por momentos creí que usted era la tristeza.

Al oírme, me miró unos segundos, luego su vista se perdió en la lejanía. Pensé que le habría disgustado y tuve vergüenza; igual que un chico cuando cree hacer un chiste y dice algo de mal gusto. Quise excusarme. Pero en eso el viejo se volvió hacia mí y en sus ojos, más que en sus labios, vi una sonrisa, no supe si de comprensión o de vanidad. De esa vanidad sana, casi infantil, que padecen los viejos.

La marea estaba en su punto más bajo. Me puse a ver los animalillos que correteaban por las arenas húmedas. Serapio aprovechó para cortar un trozo de tabaco y llevarlo a la boca. Estuvo masticando un rato, lanzó un salivazo oscuro, se acarició la barbilla y retomó el hilo del relato:

—De ese modo, como le decía, con la malicia y la desunión carcomiéndonos los huesos, pasaron las semanas, los meses y un año. Al cabo de ese tiempo vino otro extranjero, sobrino del patrón, que resultó de su misma mala sangre. Y era natural, siendo de la misma manada. Igual que las culebras: "la que no pica, muerde".

"A poco de haber llegado, el gringuito le echó el ojo a la mujer de Crispulo. En un principio se limitó a observarla desde lejos. Pero la pasión fue entrándole más hondo y ya no se contestó con mirarla. La perseguía, la acosaba cuando iba a lavar al río, mientras todos estaban en el monte. Entonces empezaron las murmuraciones.

"Al principio fueron alusiones indirectas, acompañadas de guiños y sonrisas. Luego, por obra y gracia del gringo y su sobrino, se tornaron comentarios abiertos, dichos, repetidos y aumentados con la intención de hacer daño. A nadie le preocupaba que fueran ciertos o falsos; simplemente los propagaban.

"Crispulo se enteró un día, a la hora del almuerzo, cuando unos peones se pusieron a comentar lo que andaba en boca de todo el mundo. A mí me lo contaron después. El hizo ver que no había oído. Pero a la mañana siguiente, harán mañana diez años, abandonó el trabajo y regresó a su casa. Allí estaba el sobrino del patrón abrazando a su mujer.

"Mató a los dos, sin que nadie pudiera evitarlo. Cuando algunas mujeres acudieron era tarde. Encontraron a Crispulo sentado en un banquillo, contemplando como ido, los cadáveres destrozados que yacían en el suelo. No intentó huir. Y cuando los demás, avisados por un viejo que ya murió, vinieron del monte, lo amarraron a un poste que había frente a la casa del patrón. Allí estuvo hasta que el gringo regresó, ya casi anocheciendo, de esa isla que asoma allá afuera, a donde había ido a comprar un bote.

"Esa noche el gringo llamó por radio a la capital y dio parte a las autoridades. Al amanecer se presentó una lancha con un juez, unos policías y no sé quienes más. El gringo contó las cosas a su manera y exagerándolas. Incluso les dijo a unos de los más cepillos que declararon contra Crispulo, haciendo ver que era un pendenciero y un mal hombre. Y las autoridades se lo llevaron sin hacer más averiguaciones. ¿Qué podía importarle con un simple peón de la selva? Ni cambiarse de ropa lo dejaron.

"Cuando partieron, yo estaba junto a él y creo que fui el único que le dijo adiós. Los demás miraban en silencio, (supongo que satisfechos). No hubo nadie que quisiera acompañarlo. Y a su viejo perro, que quiso subir a la embarcación, un policía lo detuvo de una patada.

"En ese momento, amigo mío, a pesar de mi edad y de que nunca he sido amigo de las lágrimas, tuve ganas de llorar. No me apena decirlo. Fue que en ese instante Crispulo me pareció el hombre más solo y des-

graciado del mundo. Y sentí lástima y rabia. Lástima por él y rabia contra los demás, especialmente contra el gringo. ¡Pero qué podía hacer yo! Entonces tuve ganas de llorar y de gritar y de maldecir. Tal vez porque también me ha tocado mucho dolor en esta vida.

EL VIEJO EXTRAJO SU PIPA, VIEJA también, y ennegrecida por el uso. Le di fuego y encendí un cigarrillo para mí. Luego permanecidos callados; él, mirando la lejanía, el mar que comenzaba a subir; yo, pensando (en lo que había escuchado). Así permanecemos mientras la calma del crepúsculo costero entraba con la marea y remontaba el río, apaciguando los ruidos de la selva. Y cuando el primer lucero asomó en el cielo, pareció brillar exactamente sobre el sitio donde había estado la casa de Crispulo, el mejor hachero de su tierra.

